

AYER

Jorge Arturo Quintanilla Penagos.

Mi suegro Isaías tenía problemas con la diabetes y dejó de fumar luego de que perdió una pierna. Para la época de esta historia vivíamos en Ocosingo, Chiapas (1967), en donde yo era el agente del ministerio público de ese distrito judicial de Álvaro Obregón.

Chanita debía viajar a Mérida porque mi suegro estaba muy mal, probablemente lo operarían para amputarle la pierna infectada.

Le conté la necesidad de mi esposa para desplazarse a Yucatán, pues tendría que viajar con

Atalita, Jorgito y Chusín. Atalita tenía cinco años cumplidos, Jorgito acababa de cumplir los tres y Chusín uno y tres meses. Para mi esposa sería difícil hacer el viaje con los tres niños y por ello, se nos ocurrió llevarla a Tenosique, donde vivían sus tíos y primos Sagundo, por parte de mi suegra, quienes la apoyarían para que abordaran el tren. La familia Osorio los esperaría en Mérida y yo regresaría a Ocosingo, porque por mi trabajo no podría ausentarme más de dos días.

Mi buen amigo, el Capitán Piloto Aviador Pepe Martínez pacientemente escuchó mis razonamientos.

---¿Les ayudaría algo si yo los llevara a Tenosique en la avioneta?

---Por supuesto que sí, Pepe. Mis profundas gracias anticipadas.

---Pero te aclaro que sería mañana, aprovechando que voy a llevar a una pareja de franceses que quieren ir a Bonampak. Yo los voy a dejar en Tenosique y de ahí Luis de Pau los llevará a su destino, las ruinas de Bonampak.

---Hermano querido, te agradezco tu invaluable apoyo.

---Los espero a las ocho en el campo.

Nos despedimos y fui a la casa. Chanita se puso muy feliz cuando le conté como sería todo.

Ayer lo acordamos y por ello llegamos al campo a las ocho y encontramos a Pepe platicando con un tipo. Para cuando nos vieron se acercaron.

Pepe hizo la presentación de Carlos Gordillo, piloto del Piper aparcado a un lado del Cessna. Nos presentó como la familia viajera y se disculpó porque como Carlos volaría con nosotros, en el Piper, conmigo de copiloto, si yo estaba de acuerdo, sería a las tres de la tarde. No avisó antes porque Carlos apenas aterrizó, procedente de Comitán, su lugar de origen, y de momento se pusieron de acuerdo, esperando mi decisión de ser copiloto. En la tarde, de regreso al campo, vi el avioncito de tela y sentí resquemor, máxime cuando descubrí el poco espacio para el piloto y un poco menos para el copiloto, y más cuando me percaté de que Carlos reparaba el ala izquierda con una especie de parche de tela.

---No te extrañe ---me dijo al ver mi azoro---. Todo el avión es de estructura metálica, recubierta con lona. Recuerda cómo eran los grandes dirigibles y cruzaban el Atlántico, sin problemas. Para mi desgracia, el ejemplo en lugar de calmarme me

alborotó más, porque mi mente evocó cuando el gran Zeppelin se incendió al atracar en Nueva York.

En el Cessna viajaban Chanita, los tres niños, la pareja de franceses y como piloto, Pepe. Se me hizo raro verlos a todos allá arriba, en las nubes y nosotros en el Piper a un lado, como en formación. Fuera de una que otra sacudida por la turbulencia llegamos con bien a Tenosique.

En el campo nos esperaba Luis de Pau para llevar a los franceses.

---¿Quieres ir con nosotros? ---me preguntó Luis.

Volteé hacia Chanita cuando subía con los niños al vehículo que nos llevaría al centro. Ella sonriente, asintió.

---Luego me cuentas ---dijo.

La mujer iba en el asiento del copiloto y su pareja a un lado mío, y Luis, como Capitán, nos dispusimos a volar. También se trataba de una avioneta Cessna no tan moderna como la de Pepe. Levantamos el vuelo y como si fuera la señal de algo nuestro piloto les preguntó en inglés si estaban bien. Los dos en coro dijeron al unísono:

--- ¡Okey!

---Yo también --- agregué ufano. Y reímos los cuatro por lo oportuno de mi intervención. Volábamos sobre una selva muy tupida, combinada con las vistas muy variadas del gran río, eran el paisaje que apreciábamos a pasto, con el sol en lontananza resaltando los colores del espectro.

En cuanto bajamos Luis se despidió de los franceses y los puso en contacto con los lacandones.

---Tienes media hora para ver las ruinas y murales Jorge --- me invitó---. No tenemos mucho tiempo. No quiero regresar de noche.

Me encaminé a los edificios para observar los murales tan famosos y con mucha curiosidad me acerqué para observar con deleite esa impresionante muestra de arte prehispánico hecho con colores muy vivos.

- Regresé extasiado a donde Luis departía con dos indígenas que hablaban muy claro el español, aunque vestían un cotón de manta, tal vez elaborada por ellos, y su cabello largo, oscuro, no me permitieron saber su sexo, porque sus facciones, además, eran muy similares y los dos eran delgados.

---¿Cómo te parecieron los murales, a ti que eres un artista? ¿Te gusta el tepezcuntle?

---Vengo fascinado de ver tanta creatividad, con una gama de colores elaborados con materiales de la región, qué les permitió a los artistas plasmar estas bellas obras del arte universal. Sí me encanta el tepezcuntle.

Me comí tres tacos hechos con tortillas de maíz, oscuro, que da un sabor exquisito a la carne. Me espantó ver el tamaño de las semillas de calabaza, quizá de tres centímetros.

---Los amigos me regalaron un costal que pienso llevar a Ocosingo para que hagamos papadzules para toda la familia. A Chuy le encantaron los que hizo

Chanita para su cumpleaños. Perdona si ya los estoy embarcando, amarrando navajas, como dice Chanita, tu mujer.

Subimos el costal a la avioneta y cómo llegamos, despegamos rumbo a Tenosique luego de saludar y despedirnos de nuestros nuevos amigos de la selva Lacandona. Llegamos con buena luz y nos dirigimos después de aterrizar, a la casa de los tíos de Chanita, quienes al ver el tamaño de las pepitas y elogiarlas, sin pensarlo dos veces les dimos la mitad del costal y nos ganamos la invitación para ir a su lonchería en el mercado, donde probamos deliciosos antojitos hechos por la familia Sagundo, que junto con los helados, les había dado tanta fama en la zona. Regresamos bien tarde a la casa felices y ahítos de tanto comer, y como las boas nos acostamos a dormir con la panza llena.

En la mañana Luis fue a buscarme, luego de haber llevado a mi esposa y los niños al tren donde partieron rumbo a Mérida.

Y llegó el momento de la verdad para las tres porque nos teníamos que acomodar en un espacio para uno. Fue toda una odisea que cupiéramos, porque con todo lo estrecho del lugar estábamos llevando el medio costal de pepitas de calabaza. Quizá porque de ida no tuve muchos problemas de acomodo, ahora sí tuve conciencia de todo y me percaté, por ejemplo, de la falta de volante. Sólo un bastón como los cazas de la Segunda Guerra Mundial. Con él se controlaba casi todo, según nos explicó amablemente Carlos. Luis preguntaba muy interesado, para mi beneplácito porque iba satisfaciendo mis curiosidades. Todo iba muy bien hasta que se me ocurrió preguntar sobre el uso de la palanca que estaba al lado de mi lugar.

---Ten mucho cuidado con no mover esa palanca, Jorge --- dijo Carlos---ni siquiera un pequeño movimiento porque se abre la compuerta de los agroquímicos y saldrás volando. Recuerda que no hay paracaídas.

No volví a moverme y me quedé tan quieto que aún ya en tierra tuve problemas para que bajara, pues se me acalambraron los brazos y las piernas.